

Tendencias

Visita a un centro educativo de justicia juvenil (I)



FOTOS: MARC ARIAS

La subdirectora de l centro, Marta Pérez, recibe la taza de café de manos de una interna que está siguiendo un curso de restauración

Menores con sentencia

Los internos de Can Llupià siguen un programa educativo intensivo

CARINA FARRERAS
Barcelona

Entonces esta es la cárcel de menores? —Permitame que le corrija. Esto no es una cárcel sino un centro educativo. Aquí no hay reclusos sino internos. No se cumplen condenas sino medidas que dictamina un juez especializado en menores —precisa Carles González, quien insiste en que el espíritu de la ley del Menor no es la represión, la sanción pura y dura, sino la reeducación del menor.

De los 7.000 chavales de 14 a 18 años que se juzgan al año en Catalunya, unos 450 ingresan en alguno de los siete centros de menores existentes en el territorio. La mayoría está ingresado por robo, con o sin violencia. La puntualización del director sobre el objetivo de la ley

cambia la perspectiva de lo que podría presuponerse que es un centro de justicia juvenil. Ciento que el aspecto del lugar, un edificio rectangular blanco de tres plantas rodeado de una valla alambrada, crea cierta ambivalencia. Por un lado, la

Nunca van solos ni por el edificio ni por el jardín; van en grupos de seis acompañados por un adulto

omnipresencia de vigilantes y cámaras por todo el interior. Por otro, la escena de los chicos jugando a fútbol en la pista como si fueran alumnos de instituto ("pásamela, pásamela"), mientras las chicas charlan en la grada, junto a un jar-

dín con una caseta de madera que hace de bar y una pequeña piscina. Con todo, no es el aspecto del recinto —un antiguo psiquiátrico municipal adquirido por la Generalitat en el año 2006 y abierto como centro en mayo del 2007— lo que corrobora las palabras del director. Aquí se respira auténtica vocación por la educación. Casi dos centenares de profesionales (médicos, psicólogos, abogados, profesores, educadores...) están volcados en ayudar al interno a armar un tren bien equipado que le permita alejarse de la estación de la delincuencia en la que se encuentra.

—Chaval, conmigo no te cansas que yo voy a salir y voy a seguir *pegando palos*.

Hay internos que eligen llevar una vida de delincuencia y que saldrán, cumplida la sentencia, con el mismo equipaje con el que entraron. Sorprende saber que son los

CÓMO LLEGAN



menos. Uno de cada diez. El resto, en algún momento de su estancia, vislumbra un futuro distinto, se pone manos a la obra e intenta construir ese tren que lo sacará de la mala vida. Con mayor o menor pericia.

—Pero yo, ¿por qué estoy aquí?

—Porque has abusado de tu hermana.

—Pero qué dices, si lo mismo hacen mi padre y mi tío con ella.

Muchas veces hay que empezar por la armazón moral.

Los límites y los hábitos ayudan a construirla. La vida en Can Llupià, que ahora acoge a 89 internos (tiene capacidad para 128), es deliberadamente rutinaria. Cada día los chavales se despiertan a las ocho, atienden su higiene, sus tareas domésticas y desayunan. La primera y la segunda planta del edificio están diseñadas para albergar cuatro "unidades de vida", cada una con habitaciones de literas, salón comedor, lo-